

representación de Cupido preside, como «supremo señor», las figuras talladas en la esfera y sirve a modo de «sutil asa» de «este milagroso globo lleno de secretos divinos».

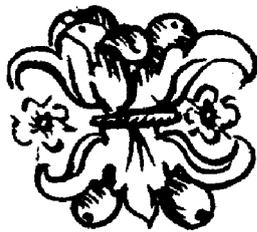
Un Aleph harto singular, por pertenecer no ya a la literatura culta, sino a la transcripción de relatos orales, es el mencionado por los informantes de fray Bernardino de Sahagún cuando nos hablan, al evocar las señales apocalípticas que precedieron la llegada de los conquistadores españoles, de un prodigioso espejo que se encontró en la cabeza de un extraño pájaro:

La séptima señal fue que los cazadores de las aves del agua cazaron una ave parda del tamaño de una grulla, y luego la fueron a mostrar a Mochteuczoma, que estaba en una sala que llamaban Tlitlancalmecatl, era después de mediodía; tenía esta ave en medio de la cabeza un espejo redondo, donde se parecía el cielo, y las estrellas, y especialmente los mastelejos que andan cerca de las cabrillas: como la vio Mochteuczoma espantóse, y la segunda vez que miró en el espejo que tenía el ave: de ahí un poco vio muchedumbre de gente junta que venían todos armados encima de los caballos, y luego Mochteuczoma mandó llamar a los agoreros y adivinos y preguntóles, ¿no sabéis qué es esto que he visto? que viene mucha gente junta. Y antes que respondiesen los adivinos, desapareció el ave, y no respondieron nada<sup>10</sup>.

tro con este Aleph a Luis Íñigo Madrigal.

<sup>10</sup> Libro XII («Que trata de la Conquista de México»), capítulo I («De las señales y pronósticos que aparecieron antes que los españoles viniesen a esta tierra, ni hubiese noticia de ellos») de la Historia General de las cosas de Nueva España, escrita por Fr. Bernardino de Sahagún franciscano y fundada en la documentación en lengua mexicana recogida por los mismos naturales. La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices Ángel María Garibay K., tomo IV en el que se contienen el libro XII y los Apéndices, México, Editorial Porrúa, 1956, pág. 24. El dibujo de Moctezuma observando el Aleph estelar en la cabeza del pájaro figura en el mismo Códice Florentino de Fray Bernardino de Sahagún; lo tomo de la reproducción facsimilar editada por la Secretaría de Gobernación mexicana, [Casa Editorial Giunti Barbèra, 1979], vol. III, fol. 410r.

*ne mucha gente junta. Y antes que respondiesen los adivinos, desapareció el ave: y no respondieron nada.*



**L**a octava señal o pronóstico

En realidad, la lista de los Aleph preborgianos sería inacabable, aunque todos ellos suponen variaciones del «speculum mundi», y el de Borges se diferencia —incluso con respecto a los ejemplos más afines— por pretender ser cifra de lo que Blanchot denominó «el infinito literario». Por ello, en la mencionada «Posdata» se cita (eso sí, con referencia indirecta a través del manuscrito de Burton), distinguiéndolo de todos los demás, un Aleph, que es el universo, y que se halla dentro de una de las

columnas de una mezquita del Cairo, lo cual nos remite a la idea de la infinita y abismal recursividad (un microcosmos que contiene el cosmos que, a su vez, contiene...), tan predilecta de las imaginaciones borgianas.

Pero, entre los objetos prodigiosos de la literatura universal precursores del Aleph, destaca el ovoide cristalino imaginado por H.G. Wells. El «Epílogo» del libro *El Aleph* concluye con una fugaz pero interesante referencia del propio Borges: «En *El Zahir* y *El Aleph* creo notar algún influjo del cuento *The Crystal Egg* (1899) de Wells»<sup>11</sup>. Ciertamente, siguiendo la pista sugerida por el escritor argentino, el relato de Wells —que apareció incluido como parte de la serie titulada *Tales of Space and Time*— puede proporcionarnos interesantes elementos de análisis al confrontarlo con su descendiente borgiano. Resumamos, a grandes trazos, el argumento de «El huevo de cristal»: El atribulado anticuario Mr. Cave se niega radical y extrañamente a vender un ovoide cristalino que tenía en el escaparate de la tienda. Ante la insistencia y amenazas de su insoportable mujer, decide ocultarlo dejándolo para que lo custodie en su laboratorio un amigo suyo, el investigador Mr. Wace (quien, por cierto, es precisamente el informante del anónimo narrador que nos cuenta tan singular historia). En determinadas condiciones (oscuridad, un haz de luz de un milímetro...) Mr. Cave había descubierto una extraña fosforescencia del ovoide que le permitía observaciones fragmentarias de extraños paisajes habitados por seres insólitos que, por último, se deduce habitan en el planeta Marte. La presencia de otros huevos cristalinos en el paraje marciano contemplado permite inferir no sólo la posible procedencia del objeto, sino que éste tiene una correspondencia con aquéllos. Cuando su mezquina familia ya ha olvidado el ovoide, Mr. Cave vuelve a llevárselo a su bazar. Días después, al ir a visitar al anticuario, Mr. Wace se entera de que había muerto en extrañas circunstancias, abrazado al prodigioso huevo que su ignorante y atrabiliaria viuda se había apresurado a vender en un lote a otro anticuario y éste, a su vez —es todo lo que logrará averiguar Mr. Wace en sus desesperadas e infructuosas pesquisas—, a un anónimo señor «moreno, vestido de gris».

Si con «El Zahir» las analogías del relato de Wells son menos (hallazgo del objeto prodigioso, maleficio mortal de su poseedor, pérdida final del objeto...), con «El Aleph» la comparación resulta de sumo interés. Incluso en el primer párrafo de «El huevo de cristal» encontramos una sugestiva enumeración que no podemos dejar de asociar con los propósitos borgianos (Leo Spitzer habló expresamente de los «bazares» al referirse a la enumeración caótica):

Todavía el año pasado existía no lejos de «Los Siete Cuadrantes» una tiendecita de aspecto mísero, sobre cuya puerta, en borrosas letras amarillas, campeaba este letrero: «C. Cave. Naturalista y Anticuario». Entre diversidad confusa de objetos veíanse en el escaparate varios colmillos de elefante, un juego de ajedrez incompleto, diversos cacharros de vidrio, algunas armas, un muestrario de ojos de animales, dos cabezas de tigre disecadas, una calavera, varios monos, uno de los cuales servía de soporte a un quinqué, un huevo de avestruz punteado de negro por las moscas, aparejos de pesca, una pecera vacía empolvadísima, y un esferoide de cristal maravillosamente traslúcido...<sup>12</sup>

<sup>11</sup> J.L. Borges, *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, pág. 629. En lo sucesivo utilizaré, para esta edición, las siglas OC.

<sup>12</sup> Cito la traducción del escritor hispano-cubano Alfonso Hernández Catá: H.G. Wells, *El país de los ciegos y otras narraciones*, Madrid, Atenea, 1919, pág. 131. Señalemos que en el «Prólogo» a su selección de cinco relatos de Wells, realizada por el propio Borges para el volumen número II de la «Biblioteca de Babel» que dirigía él mismo —antología que incluye «El huevo de cristal»—, Borges también dedica al cuento de Wells otra fugaz pero también interesante referencia: «Dos elementos muy diversos hay en *El huevo de cristal*: la desvalida condición del protagonista y una imprevisible proyección que abarca el universo. A una vaga memoria de esas páginas debo mi cuento *El Aleph*». (H.G. Wells, *La puerta en el muro, selección y prólogo de J.L. Borges*, Madrid, Ediciones Siruela, 1984, págs. 11-12).

Pero, además de los detalles a partir de los cuales podemos señalar alguna curiosa vinculación, buena parte de los elementos del esquema narrativo de «El Aleph» tiene analogías fácilmente demostrables con el magnífico cuento de Wells. Roberto Paoli<sup>13</sup> subraya algunas de ellas: el objeto reluce con luz propia, el juego que —como «mise en abîme»— hace que también el huevo cristalino permita ver otros ovoides que, a su vez, son observatorios de nuestro mundo... Mas, como suele suceder cuando confrontamos, como en este caso, dos relatos magistrales, más que las coincidencias resulta interesante observar las diferencias, las originalidades borgianas con respecto a su predecesor. Y, desde luego, la divergencia principal radica en la estructura y significación «metaliteraria» de «El Aleph».

## La parodia literaria

La burla de la impostación poética, así como la mofa de la propia institución literaria es algo que caracteriza la producción conjunta de Borges y Bioy Casares. En octubre de 1936, ambos crean la publicación titulada *Destiempo*, con una sección, «Museo», que constituye un verdadero «sottissier» literario con textos escogidos generalmente como florilegio jocoso de mala literatura, incluso de los clásicos consagrados (verbigracia, Gracián). Veámos una muestra de los que pueden relacionarse más estrechamente con la «escuela» de Carlos Argentino Daneri:

Museo  
*Tennis-Play*  
 En una cancha de Tennis  
 juegan  
 con una Pelota  
 que uno arroja  
 y que otro recibe  
 y arroja de Vuelta con  
 una Raqueta:  
 y este es el sport  
 de hombres-Nobles  
 para cansar sus cuerpos.

Recordándonos los despropósitos literarios adjudicados pocos años después por Borges al vanidoso Carlos Argentino Daneri, se nos proporciona la siguiente referencia bibliográfica de tan tremendo poema: J.A. Comenius, *Visible World: or a picture and nomenclature of all the chief things that are in the world*. (1672).

Tampoco resultan menos chocantes que los versos citados los de María Raquel Adler:

Luego por circunstancias económicas  
 Tuvimos que mudar de domicilio  
 Y abandonar la casa que mis padres  
 Habían adquirido en Calle Oruro<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Véase R. Paoli, «El Aleph»: *Biforcazioni di lettura*, en Borges. *Percorsi di significato*, Florencia, Casa Editrice D'Anna, 1977, pág. 43.

<sup>14</sup> Tanto este texto como el anterior en: «Museo», *Destiempo*, n.º 2, noviembre, 1936, pág. 6.